

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscriptiones: En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0'10 cts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.—Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones:—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Laffitte, 14, rue Rougemont; Mr. John P. Jones, 31 Faubourg Montmartre. La correspondencia al Administrador

DE HIGIENE

Las carnes de reses de Cerda

Los vecinos del populoso barrio de Los Dolores, piden elevar una instancia al Ayuntamiento de Cartagena pidiendo que las carnes de las reses de cerda que se sacrifican en dicho barrio sean reconocidas, exclusivamente por el médico titular, antes de ponerse á la venta.

En apoyo de su solicitud alegan los vecinos el perjuicio que puede traer á la salud pública el hecho—que se está repitiendo—de que antes de que el inspector veterinario expida el correspondiente certificado sobre el estado de la res, sacrificada, esta se pone á la venta del público, pudiendo darse el caso de que una carne que sea declarada no válida por dicha autoridad facultativa, se haya consumido por el vecindario, antes de que á manos del expendedor llegue el documento que acredite su buena ó mala calidad.

Tienen razón en parte, los vecinos al formular ante el alic de esta petición y decimos que en parte por que ni ellos, ni el alcalde, ni nadie, puede restar atribuciones á los inspectores veterinarios, qué facultades una facultad que las leyes sanitarias determinan son de su sola y exclusiva competencia.

Lo que sí debe recordarse, con verdadero espanto lo ocurrido hace ya algunos años en Canteras, donde fueron atacados de trinchosis muchos vecinos, sufriendo algunos á tan terrible dolencia, por no haber sido reconocidas, previamente las carnes de las reses atacadas de tan terrible enfermedad.

En evitación de esto, deben adoptarse medidas energicas que tiendan á garantizar la salud del vecindario, pero no usurpando facultades al inspector de carnes, ni dando orden á los cesadores y guardas rurales, para que no permitan bajo ninguna protesta sea puestas á la venta las carnes de cerda que no tengan en correspondencia certificado facultativo.

Y si protestá algún expendedor por que se creyó perjudicado en sus intereses por tener que demorar á la venta, nuestras autoridades pueden oponer á esa protesta, el texto de las leyes sanitarias que tratan de una manera clara y explícita sobre este asunto.

Impresiones

Preparativos

Como el monótono tic-tac del reloj, así caminamos nosotros por la senda de la vida; siempre igual, antaño practicábamos las mismas costumbres que ogaño; los mismos preparativos para llevar á efecto las fiestas anuales, idénticas celebraciones, iguales impresiones... después... vuelta á empezar... poniéndonos en el Debe del libro de la existencia un año más de vida y en el Haber el transcurso del tiempo que tarda la Tierra en su movimiento de traslación alrededor del Sol, interregno que nos merma el efímero errante del vivir...

Se acerca el día de difuntos... aquí y allá vemos como se apresuran á tener listas para ese día las coronas encomendadas; las rejas cuadrilongas que sirven de límites á sepulturas de seres que descansan en el sueño eterno, son rebarnizadas, formando contraste su latidez con los cuerpos que allí reposan para siempre... otro tanto sucede con el emblema de la cruz diseminada en su superficie.

Los expendedores de flores, hasta por los días de las fiestas sus recursos pecuniarios les autoriza, seguros de un buen negocio... ¡Ja, familias de las finados no escatiman nada para poder hermosear la superficie del lecho frío en que se halla el inanimado cuerpo del librado por...

Y llegará el día de difuntos, la muchedumbre compacta, acudirá á la ciudad de los muertos, donde se anticipación unos, y el mismo día otros, la engalanarán con los mejores atavíos, con todos los medios que el recuerdo del amado desaparecido les sugiera; en aquel día y en el siguiente, allí, donde sólo reina el sepulcral silencio que impone á sus visitantes, se adueñará la animación de numerosa concurrencia, desecha de tributar un recuerdo al que pertenece ya á la región de lo imperecedero, de lo incalculable...

Después, las cosas frías que sirven de cobertor á los objetos de nuestras anteriores atenciones ó íntimas amistades, quedarán solas, las flores con la

acción del tiempo irán marchitando-se, las rejas cuadrilongas así como las cruces rebarnizadas, por efectos de los cambios atmosféricos, palatinamente se descolorarán, los epitafios cada día perdiendo las huellas de su impresión... llegando el próximo aniversario en que aparecerán otra vez renovados por la ártica mano del hombre.

Entre tanto, los que nos abandonan, reciben cada día que pasa nuevos vecinos que van á aumentar el contingente de ultratumba donde no existen rencoras, ni bajas, ni ruidos... todos son iguales, únicamente en las fachadas de sus viviendas hay alguna distinción, según los recuerdos afectos ó recuerdos que tengan los familiares de cada uno, pero la materia, no reconoce en su finalidad, privilegios...

KARUSO

La sombra del amor

Los últimos rayos de sol de una bella tarde caían sobre la arena de la playa y el agua chapoteaba suavemente. Mad. de Renelles levantó la cabeza y miró profundamente á M. de Roubre. Este preguntó:

—¿Os ha molestado mi declaración?

—¡Oh!, no, amigo mío. Pues si estáis casado, ¿cómo podéis ser mi amigo?

—¿Por qué nuestra amistad se ha cambiado en un sentimiento de amor? La vida es amarga amigo mío, debo responderos y ser leal. No puedo decir que sí, no puedo mentar, por que...

Suspiró fuertemente y concluyó: Porque amo á otro. Tendéis mi secreto y no concebíais á nadie más digno de guardarlo. Amo seriamente, locamente, á uno que no me ama nunca, y, sin embargo, le adoro.

M. de Roubre dijo en voz baja:

—¿Sois desgraciada?

—Sí—dijo Mad. de Renelles.—Por qué queréis serlo voz también? Olvidad ese amor; es posible, además, que os hayáis engañado.

—No; he dicho cuando sentía.

—Os creía, como yo, vuestro modo de ser y á que me habéis hablado en esta forma, es porque me amais verdaderamente, y eso, precisamente es lo que me desespera.

M. de Roubre, respondió: — Vos amáis á uno que no os corresponde. La certidumbre de que no seréis correspondida, no os ha hecho desistir de ello. Seguir amando. Yo me encuentro ahora en el mismo caso, y no por ello he de desistir.

—Pero eso es horrible; no quiero. ¡No quiero que sepáis lo que es este suplicio!

—Lo conoceré, sin embargo.

—Huiré, y me olvidareis á la fuerza.

—No; me salvaré, me mataré. Si me tenéis alguna afección, no lo haréis. Dejarme vivir á vuestro lado como amigo. Os prometió que no haré la menor alusión á lo que ahora estamos tratando.

¡Sufríais horriblemente! Tengo el derecho á sufrir por la causa que quiero.

Mad. de Renelles bajó la cabeza y dijo:

—Sí, tenéis razón; porque es lo que á mí me sucede. Tendéis en cuenta, sin embargo, que no debéis tener esperanza alguna. Mi honradez de amiga hace que lo repita.

—Estoy conforme. Regresemos. Ya es de noche.

M. de Roubre y Mad. de Renelles se levantaron, y estrechándose la mano murmuraron silenciosos hacia las casas de Villerville.

M. de Roubre fué el amigo íntimo de madame de Renelles. Él nunca nunca alusión á su amor. Se comprendió, porque cada uno de ellos obraba en su pecho un amor que no era correspondido.

Mad. de Renelles se reprochaba su conducta con dureza. Consideraba inhumano el comportamiento al permanecer al lado de aquel hombre infortunado, y, sin embargo, sabiendo que la amaba. De vez en cuando recordaba su amor no correspondido.

El escuchaba y la compadecía. Le parecía que Mad. de Renelles hablaba de su propia mal.

Ella, mujer joven, bella, rica, libre, con una vida de amor irrealizable. El, hombre de quien hubiesen adoptado como marido muchas mujeres. Sin embargo, llegó un momento en que no pudieron pasarse el uno sin el otro y hasta llegaron á hacerse la ilusión de que se amaban.

La sombra del hombre amado por Mad. de Renelles se interponía entre

ambos. Él murió en el extranjero. Durante muchos meses, ella tenía derecho á mostrar su dolor, sufrió grandemente; Ya no sabía de qué hablar.

Ella sentía algunos momentos de angustia aunque no había dado esperanza alguna al hombre que la amaba.

Los dos habían envejecido. Ella no creía ya poder ofrecer nada después de haber consagrado su juventud á otro hombre. M. Roubre no hacía alusión alguna á una unión imposible.

El hombre querido por ella había muerto. Reflexionando ella después de algún tiempo, comprendió todo lo ocurrido, describiendo la sombra del amor, sus más puras alegrías y sus más profundas ternezas. Se representó, por lo que ella odiaba, lo que sería de M. Roubre si ella muriese. El silencioso, melancólico, fiel á su herética promesa, la veía pensar leyendo en esta alma una alegría misteriosa. En fin, un día le pidió volver á vasse de nuevo en la misma playa de Villerville. Se levantaron á la misma hora y en el mismo sitio. Recordando su antigua conversación, se miraron hablando silenciosamente.

Ella le habló de la delicadeza de no dejaba hablar en primer término. Comprendió vagamente algo de lo que se proponía Mad. de Renelles al llevarle á aquel sitio donde tuvieron su primera conversación de amor. El tomó una de sus manos y dijo en voz baja:

—¿Qué queréis de vuestro amigo? —No podré daros tanta alegría como pensáis que os he causado?

El asintió.

—El ser amado no es nada. Amar es lo que constituye el amor, aunque no sea uno correspondido.

Ella le miró comprendiendo por esas palabras el secreto en aquella alma superior inmensamente á la suya. Y en la penumbra de la playa, con el olor salino de la brisa, su boca depositó en los labios de M. Roubre el beso de pasión que otro había menospreciado.

UNA PROTESTA

En nuestro número anterior dabamos cuenta de haberse presentado al Sr. Alcalde una numerosa comisión de vecinos de las diputaciones del Algar, Beal, Llano y Estrecho, protes-

tando de la construcción de un malecón que se intentaba establecer en el término de dichas diputaciones para obligar á los vecinos de todas ellas, á que sacrificasen las reses, vacunas y de cerda en dicho establecimiento.

Las Sres. Luengo y Rubio que figuraban al frente de dicha comisión, presentaron ante nuestra primera autoridad municipal los graves perjuicios pecuniarios é higiénicos que reportaría á los vecinos de dichas diputaciones la creación de este malecón.

Es de todos conocida la pena que se sufre en estos pueblos eminentemente mineros con la paralización de nuestra sierra y claro es que sería aumentar la angustiosa situación en que se encuentran si se elevara como tendencia necesariamente que elevarse—el precio de las carnes, para sacar de ellas el impuesto que se estableciera por derechos de matadero, y conducción de las mismas á los pueblos citados.

Pero, como el expediente estará expuesto al público durante el plazo que la ley marca para que se hagan las reclamaciones que se crean oportunas tiempo tienen todavía los que se crean perjudicados de formular su protesta ante el Ayuntamiento para que éste resuelva en definitiva.

Así lo entendieron los comisionados encargados de la redacción del documento al letrado Sr. García Vaso.

DE SOCIEDAD

Después de gestionar varios asuntos, relacionados con la instalación del servicio de automóviles para pasajeros y mercancías en esta provincia, ha regresado de Murcia, nuestro querido Director Sr. Moncada.

Se halla algo aliviado de su dolencia, nuestro amigo el médico D. Luis Soter.

Educación de muchachos

Cuadros sombríos, tétricos, recargados de tristes augurios han vuelto á surgir en la crónica sensacional de los sucesos, fuente de curiosidades innapas que el vulgo trata de saciar en las informaciones periodísticas.

Los que beben en esas fuentes y quienes la alimentan quedan á la altura de las babuchas malhombradas; y parece extraño que gentes accidentales puedan todavía encontrar interesantes narraciones de este estilo, tan amparadas, tan vacías de sentido, tan soporíferas.

† D. Ricardo Caballero.

CHISMOGRAFIA

¡Mas mata una mala lengua que las manos del verdugo; el verdugo mata á un hombre, una mala lengua á muchos.

—Doña Tecla
—Yo no lo invento.
—Y yo dudo de todo lo que me supo.
Se exajera muchísimo, mucho, si fuéramos á creer en habillitas de importancia, también tiene unida su fama rodando por esos mundos.
—¿Qué dice usted?
—Que la tildan de entrometida.
—¿Qué insulto?
—Y de chismosa.
—¿Camiseta?
—Y la han puesto en modo chuspe: la llaman á usted Gaceta del barrio.
—Don Stebuto, bien se conoce vuestro con gentuza, entre palabras.
—Y dicen de vos en la tienda, y que desde el mes de julio no le ha pagado al casero.
—¡Jesús, Jesús, cuánto absurdo! ¿Y quién lo dice?
—Pues, todos.

en la vecindad; y muchos, agregan...
—Si, tal: que mató usted á su difunto á pesadumbres.
—¿Qué lenguas de escorpión! ¡Y yo, que huyo de saber vidas ajenas; yo que de nadie me ocupo, estoy sirviendo de blanco á la malicia del público! ¡Ay, no sé lo que me pasa! ¡Yo estoy nerviosa, yo sudor! Vecino: con su permiso me voy adentro; presumo que estoy enferma.
—Señora, siento en el alma el disgusto, y deploro haberla dicho...
—¡Ay, no señor!
—Yo no adulo, digo las verdades claras.
—Y yo lo agradezco mucho, por que así ya sabe una á qué atenerse. Bien supo lo que se dijo, si que dijo

que un anónimo tal vez desbaratará el asunto.
—No haga usted eso, señora. ¡Pues está bueno el discurso! Deje usted que los demás se gobiernen á su gusto, que usted ya tiene bastante, con atender á lo suyo.
—¡Y no es cargo de conciencia!...
—Déjese usted de prejuicios, que lo que á mí me conviene es que se casen.
—¿Qué se casen?
—Tengo en mi casa un reloj, dos pantalones, un riño y algunas otras frioleras que le he empeñado á ese tuno, y además le tengo dados al diez por ciento, cien duros, los cuales si no se case, contaré con los difuntos.
—Y ha espuesto usted su dinero!...
¡Válgame Dios, trino y uno!
—Y qué hacer? ¿Se sabe usted que ha mucho tiempo, especulo con el préstamo.
—Por eso.

—Buenos días, doña Tecla.
—Felices, don Stebuto.
—¿Qué hace usted tan de mañana y con un tiempo tan crudo asomada á ese balcón?
¿No vé que es casi seguro pescar una pulmonía?
Usted no se quiere mucho.
—No soy friolenta. Además con este mentón me cubro perfectamente. ¿Vé usted? Abriga más que un feludo; ¡Como que es todo de feipal